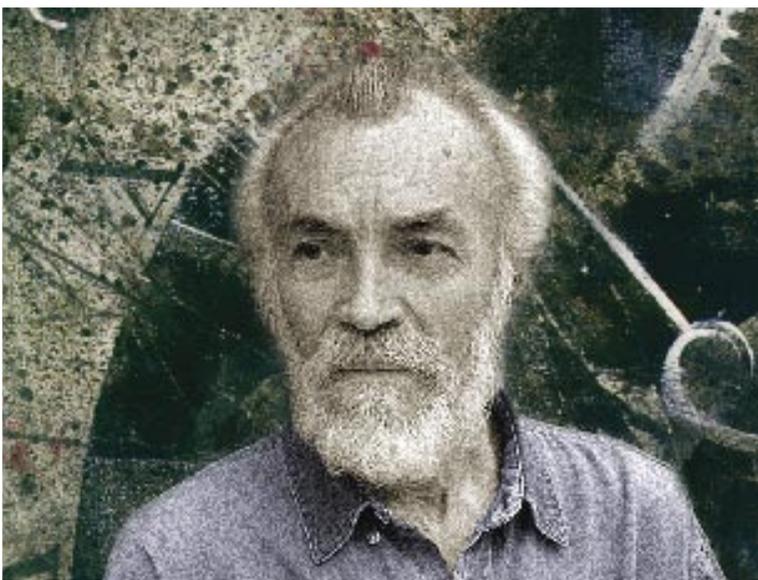


EL POETA ACEVEDO

Tuve que jurarles que a mí me llamaban “Angelito”, cuando yo estudiaba en el Seminario Arquidiocesano, para que me aceptaran en una angelical mesa en el cafetín de la Facultad de Humanidades, donde estaban Angélica, Angela y Angel Eduardo Acevedo, hablando de lo más terrenal, una pasta al pesto, por demás divina.

Cuando las chicas se fueron el poeta quedó en silencio. Apenas comentó en voz baja: “Quedé esfarataíto”.

Sólo se escuchaba las palabras del profesor Pedro Alzuru, quien disertaba en una mesa contigua, con unos lentes oscuros, muy acordes con la ocasión y con el tema. Hablaba de paraduras y entierros.



CUANDO TENDRÍA UNOS 18 AÑOS Y SE LO IBAN A LLEVAR AL CUARTEL, ALGÚN AMIGO SUYO LE SACÓ UNA PARTIDA DE NACIMIENTO DONDE DECÍA QUE TENÍA APENAS 17.

Del poeta Acevedo sabemos poco. Parece un monje budista levitando por el patio de la facultad. Todos creen que nació en La Culebra, pero parece que fue en Garcitas. La fecha de nacimiento también es un misterio. Hay como tres partidas de nacimiento con fechas diferentes. Sólo sabemos que nació un 29 de noviembre, como don Andrés Bello.

Cuando tendría unos 18 años y se lo iban a llevar al cuartel, algún amigo suyo le sacó una partida de nacimiento donde decía que tenía apenas 17. Al año siguiente pasó igual. Y así durante varios años. Pero como no le iban a seguir creyendo, cuando tendría en realidad como 25 años se hizo operar del apéndice sin tener apendicitis. Menos mal que nunca se incorporó al ejército porque las únicas armas del poeta son la poesía, la amistad, y la más peligrosa de todas, los sueños.

Interrumpo su actitud contemplativa, casi mística, pre-agustiniana, para pedirle que me autografe su libro *Flor Diversa*, publicado recientemente por Monte Ávila. Y él, con la parsimonia característica, toma el ejemplar del libro que le ofrezco y me lo dedica con un latinazo verdaderamente sorprendente para mí: “Al buen amigo y especial poeta, rex mucugliformum, Gonzalo”.

Después corrige y me explica algunas erratas que quedaron en el libro con una voz apenas audible, unos gestos de garza de sus manos y una paciencia que da sed.

Una alumna común, Estefanía, viene a saludarnos. Nos sonríe y se marcha. “Hasta luego, profes”, se despide con gracia.

“Esa muchacha debe ser mentirosita”, me dice el poeta. Le pregunto por qué.

Él responde que en el llano hay la creencia de que la gente que tiene los dientes separados es mentirosa. “Y ella los tiene”. Yo le digo que esas rendijas son las vías de escape que ella nos ofrece a estos dos tímidos poetas que no sabemos qué hacer cuando alguien tan bella, como ella, tiene la amabilidad de acercarse a saludarnos. El poeta, incrédulo, mesándose la barba vuelve a su mutismo. Yo lo interrumpo de nuevo:

- Vamos a tomarnos un café.

Y él responde:

- “No puedo”.

- ¿Por qué?

Y ahí viene su acostumbrada estocada final.

- “Porque mañana tengo que reunirme con el poeta Carlos César y hoy ando rehu-yéndole a toda clase de substancia tóxica”.

Y se marchó.